La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

	K						
			2				
				M		J	
					1		
	L		2				
					N		

SOLUCION

J = Torre; K = Caballo; L = Dama; M = Rey; N = Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
2	8	0	3	1	1
4	3	9	8	1	0
1	7	6	5	0	1
7	4	9	3	1	0
6	5	1	4	0	1
8	7	6	0	1	0

SOLUCION 2190

Verano/12



CUERPOS

(*Por Juan José Millás*) El cuerpo es un territorio con escasa vegetación, aunque con abundante fauna. Está recubierto por un tegumento elástico, llamado piel, que proporciona uniformidad al conjunto. Esta capa, que es la más superficial, se interrumpe a veces para dar paso a diversas aberturas, cada una de las cuales cumple una o varias funciones a la vez. La abertura más meridional del rostro sirve, por ejemplo, para nutrir el organismo; se llama boca y se utiliza también con alguna frecuencia para besar y ser besado. Produce un humor algo viscoso que denominamos saliva. En la parte superior de esta zona, dos membranas móviles —los párpados— actúan de frontera entre la realidad y los órganos de la visión. Por estos órganos penetra en el territorio corporal el horror; a veces, entra también por los oídos, o por todos los agujeros a la vez. El caso es que entra y, según sean las características del cuerpo atacado, se establece en el estómago, en el vientre, o en una oquedad orgánica llamada pecho; cuando se asienta aquí, adopta una forma esférica a la que se le da el nombre de angustia.

El cuerpo es una clase de territorio que, por su carácter móvil, se puede encontrar en cualquier parte, aunque lo más común es hallarlo en compañía de otros cuerpos, formando grandes concentraciones que favorecen su reproducción. Como el resto de los territorios, es objeto de invasiones y guerras que se agrupan bajo la denominación general de patología. También como el resto de los territorios, el cuerpo tiene dueño, aunque no sabemos quién es, o si cambia con la edad o con las estaciones. Veranean en él los muertos, los desaparecidos, los fantasmas. Tampoco es raro que se queden a pasar un invierno o una década, produciendo graves trastornos en el sistema nervioso de su geografía. Pero a veces hay suerte y se van y, con más suerte aún, tardan en volver. Entonces, desaparece la opresión del pecho, o del estómago, las vísceras se acoplan entre sí, y el cuerpo se convierte en nuestra patria.

LE
DE



Por Pedro Orgambide

Cada vez que me invitan a una lectura de poemas, con cualquier pretexto, suelo declinar la invitación. Con los años, he perdido el placer por esas reuniones. Sin embargo, en otro tiempo, yo era muy proclive a los actos culturales, las conferencias y las discusiones en general. Recuerdo, por ejemplo, las tertulias que tenían por escenario un viejo caserón de Belgrano R. Uno de sus habitantes, el poeta Máximo Simpson, lo había bautizado con un curioso nombre: el Hotel Melancólico.

Vivían allí poetas, pintores, músicos y los lánguidos hippies que repetían la consigna de hacer el amor en vez de la guerra. Por aquel entonces yo frecuentaba al profesor Herman Krausse, un epistemólogo interesado en la poesía del Tercer Mundo. El ocupaba la sala más espaciosa del Hotel Melancólico, un enorme cuarto cubierto de libros, pinturas y estatuillas del Africa.

Fue él quien me pidió, muy cortésmente, que leyera mis últimos poemas a un grupo de amigos. Los recuerdos de esa noche son, por lo menos, confusos. Creo que tomamos café y varias botellas de ginebra. Sospecho que, como era costumbre en esas tertulias, bebimos también vino caliente. Pero esos detalles se han borrado con los años, como los nombres de muchas personas que estuvieron allí.

Recuerdo, sí, que me sorprendió la pulcritud de los amigos de Krausse, el aspecto de oficinistas y cierto aire melancólico, otoñal. Mi amigo me explicó que se trataba de poetas aficionados y no de escritores profesionales como los que yo, seguramente, frecuentaba. *Diletanttes, amateurs,* creo que dijo. Me limité a sonreír y saludar a un ingeniero, un dentista y un vendedor de alfombras, adictos a la poesía, como yo.

Entonces la vi. Era una mujer opulenta, encarcelada en un vestido que apenas la podía contener. Alguien me dijo (pero creo que fue una broma) que se trataba de una rumbera de los años '50. Es cierto que ella estaba allí, como todos, por amor a la poesía. En la memoria, siempre infiel, a veces aparece como una mujer joven y otras como señora de mediana edad, que imita, con estridencia, su propia juventud. Alguien me la presentó como a una poetisa premiada, finalista de no recuerdo qué concurso. La acompañaba Francisco F. Farisello, farmacéutico y autor dramático, según figuraba en su tarjeta profesional.

Yo iba a comenzar a leer, pero el profesor Krausse me rogó que esperara. Aún no había llegado el famoso hebraísta de La Paternal, Ladislao Dunaievich, especialista, a la vez, en poesía pura. Tampoco habían llegado los muchachos del café de Villa Urquiza, amigos de Krausse, cultores de la poesía popular, el lunfardo y los tangos.

Como suele ocurrir en esas circunstancias, tratamos de mitigar la espera con cualquier conversación banal: hablamos de tiempo y de la poca importancia que, en este país, se le da a la cultura. De pronto, vaya a saber por qué, la conversación tomó un tono más íntimo, más inquietante y me sorprendí hablando de la poeta uruguaya Delmira Agustini y de la poesía erótica muy cerca de la oreja y el cuello de Paulina. Excitada, ella se desabrochó los primeros botones de la blusa.

Farisello no disimuló su malestar y exigió que empezara de una vez, que no me hiciera rogar como esos escritores que se creen famosos y que menosprecian a la gente inédita. Traté de disculparme. Iba a comenzar a leer,

LECTURA DE POEMAS

Pedro Orgambide nació en Buenos Aires en 1929. Exiliado en 1974, vivió en México hasta 1984. En la adolescencia publicó sus primeros poemas en el periódico "Orientación", en la sección literaria que dirigía Raúl González Tuñón. Desde entonces, no abandonó la gimnasia de las letras en los géneros más diversos. Fue periodista, guionista de cine y televisión, creativo de publicidad, novelista, escribió cuentos, ensayos y obras de teatro, entre las que se destaca "Eva", una pieza de Orgambide en colaboración con Nacha Guevara y Alberto Favero, estrenada en Buenos Aires en 1986. Entre sus novelas se destaca la trilogía "Novelas de la memoria: El arrabal del mundo, Hacer la América y Pura memoria" (1980-1983); su autobiografía "Todos teníamos veinte años" (1985); "Historias imaginarias de la Argentina" y "La mulata y el guerrero" (1986); "La convalesciente" (1987). "Lectura de poemas" es un cuento inédito.

Por Pedro Orgambide

Cada vez que me invitan a una lectura de poemas, con cualquier pretexto, suelo declinar la invitación. Con los años, he perdido el placer por esas reuniones. Sin embargo, en otro tiempo, yo era muy proclive a los actos culturales, las conferencias y las discusiones en general. Recuerdo, por ejemplo, las tertulias que tenían por escenario un viejo caserón de Belgrano R. Uno de sus habitantes, el poeta Máximo Simpson, lo había bautizado con un curioso nombre: el Hotel Melancólico.

Vivían allí poetas, pintores, músicos y los lánguidos hippies que repetían la consigna de hacer el amor en vez de la guerra. Por aquel entonces yo frecuentaba al profesor Herman Krausse, un epistemólogo interesado en la poesía del Tercer Mundo. El ocupaba la sala más espaciosa del Hotel Melancólico, un enorme cuarto cubierto de libros, pinturas y estatuillas del Africa.

Fue él quien me pidió, muy cortésmente, que leyera mis últimos poemas a un grupo de amigos. Los recuerdos de esa noche son, por lo menos, confusos. Creo que tomamos café y varias botellas de ginebra. Sospecho que, como era costumbre en esas tertulias, bebimos también vino caliente. Pero esos detalles se han borrado con los años, como los nombres de muchas personas que estuvieron allí.

Recuerdo, sí, que me sorprendió la pulcritud de los amigos de Krausse, el aspecto de oficinistas y cierto aire melancólico, otoñal. Mi amigo me explicó que se trataba de poetas aficionados y no de escritores profesionales como los que yo, seguramente, frecuentaba. *Diletanttes, amateurs,* creo que dijo. Me limité a sonreir y saludar a un ingeniero, un dentista y un vendedor de alfombras, adictos a la poesía, como yo.

Entonces la vi. Era una mujer opulenta, encarcelada en un vestido que apenas la podía contener. Alguien me dijo (pero creo que fue una broma) que se trataba de una rumbera de los años '50. Es cierto que ella estaba allí, como todos, por amor a la poesía. En la memoria, siempre infiel, a veces aparece como una mujer joven y otras como señora de mediana edad, que imita, con estridencia, su propia juventud. Alguien me la presentó como a una poetisa premiada, finalista de no recuerdo qué concurso. La acompañaba Francisco F. Farisello, farmacéutico y autor dramático, según figuraba en su tarjeta profesional.

Yo iba a comenzar a leer, pero el profesor Krausse me rogó que esperara. Aún no había llegado el famoso hebraísta de La Paternal, Ladislao Dunaievich, especialista, a la vez, en poesía pura. Tampoco habían llegado los muchachos del café de Villa Urquiza, amigos de Krausse, cultorcs de la poesía popular, el lunfardo y los tangos.

Como suele ocurrir en esas circunstancias, tratamos de mitigar la espera con cualquier conversación banal: hablamos de tiempo y de la poca importancia que, en este país, se le da a la cultura. De pronto, vaya a saber por qué, la conversación tomó un tono más íntimo, más inquietante y me sorprendí hablando de la poeta uruguaya Delmira Agustini y de la poesía erótica muy cerca de la oreja y el cuello de Paulina. Excitada, ella se desabrochó los primeros botones de la blusa.

Farisello no disimuló su malestar y exigió que empezara de una vez, que no me hiciera rogar como esos escritores que se creen famosos y que menosprecian a la gente inédita. Traté de disculparme. Iba a comenzar a leer, cuando llegó el hebraísta. No reparó en mí. Continuó un diálogo iniciado diez años antes con el epistemólogo. En ese instante, espié los grandes pechos de Paulina; se veían imponentes, desmesurados, como en una escultura, viva y palpitante, de Mae West.

De todos modos, penosamente, intenté la lectura de un verso. En vano; el hebraísta me fulminó con la mirada. Aunque en aquel tiempo yo disfrutaba leyendo mis poemas, aunque cultivaba la pueril vanidad de oírme con deleite, esa noche, antes de comenzar, había perdido el deseo de leer. Abatido, me hundí en un sillón. De allí observé la llegada de los muchachos del café de Villa Urquiza. Exagerado, un tanto demagogo para mi gusto, el amigo Krausse los saludó como a los representantes de la cultura nacional y popular. Ladislao no se dignó a mirarlos.

Al rato, para compensar esas efusiones, nuestro anfitrión elogió a "dos poetas consagrados" —así dijo—, dos periodistas de un suplemento literario dominical. Entonces pidió que empezara la lectura y yo iba a complacerlo, cuando llegaron las poetisas de Junín. "Poetas", corrigió Paulina. Poetas, sí. "Del interior", precisó Santiago Cabrera, un recitador gauchesco que vivía en el Hotel Melancólico. Hizo un comentario acerca de los porteños, que apenas oí. De algo estaba seguro: no se trataba de un elogio.

Comprobé que me sudaban las manos. Igual que en el colegio en los días de examen, sentí vergüenza por mi malestar en los intestinos, por la imperiosa necesidad de ir al baño. "Permiso". Los demás me observaron con mudo reproche. "¡Rápido se fue a baraja el hombre!" se burló el chango Cabrera y todos se echaron a reír. El baño quedaba dos pisos más arriba. Mientras subía las escaleras, oí al chango que contaba uno de sus chistes.

Tuve la tentación de encerrarme en el baño y no regresar. Pero lo que más quería era huir de la casa.

Unos minutos después bajaba las escaleras con esa intención. Ya estaba cerca de la puerta de calle cuando el epistemólogo abrió la de su cuarto. "Y, ¿para cuándo?", dijo, insolente. Tuve deseos de responder con una vulgaridad, pero me contuve. Lo confieso: todavía creía en los efectos didácticos y hasta terapéuticos de una buena lectura de poemas.

"Siempre sirve, siempre es estimulante la opinión de los otros", me dije, aunque sin mucha convicción. Porque era muy fatigoso responder a ciertas preguntas o aguantar las ironías de los espectadores disconformes. De todos modos, yo estaba dispuesto a todo. Iba a empezar a leer, por fin, el primer poema, cuando alguien me exigió que le explicara el significado de su título. No pude. "¿En qué orden va a leer?", preguntó otro. Entonces murmuré, tímidamente, que la poesía, por lo general, creaba su propio e ilusorio orden. "¡Pero hay jerarquías!", puntualizó Ladislao Dunaievich. Los dos "consagrados" del suplemento literario dominical aprobaron, con aplausos y risitas, la intervención de Ladislao. "¿Ven, ven? ¡Ya empiezan con el escalafón!", se quejó uno de los muchachos de Villa Urquiza.

Comenzó una ardua discusión que yo aproveché para acercarme a Paulina, asediada por tres poetas de vanguardia, promotores de revistas efímeras y manifiestos. "¡Estos son unos locos!" —comentó Paulina y me mordió la boca. Entró un joven algo ambiguo, un bailarín con pantalones negros muy ajustados. Se dedicaba, dijo, "a ilustrar, desde la danza, a poetas de América latina". En sus manos llevaba una tumbadora. Aquel joven proclamaba, según recuerdo, "una poética de liberación frente a la poesía de la impotencia".

"¿Impotencia?", preguntó Paulina, muy alarmada. "Lo dice en sentido figurado", aclaró el farmacéutico. Mi mano se deslizó, furtiva, por el muslo de la mujer. Ella la apretó con fuerza. Yo iba a comenzar a leer, cuando Paulina recordó sus propios poemas eróticos. Me preguntó si yo tenía algún inconveniente en que ella leyera. Desde luego, le dije que no. Leía con entusiasmo, con impulsivos énfasis, muy exaltada al recitar sus fogosos versos sobre Leda y el cisne. Al terminar, podía oír su respiración entrecortada.

Traté, no obstante, de leer mis propios versos. Pero el hebraísta de La Paternal quiso ejemplificar sus reflexiones acerca de la poesía pura, con varias citas del abate Brémond y algunas referencias al Talmud. Ecléctico, continuó con poemas de Mallarmé. Los decía en francés, naturalmente. Esto ofuscó a Santiago Cabrera, ofendió su nacionalismo. Un amigo suyo, el comisario Anselmi, viejo cultor de la poesía criolla y las danzas nativas, opinó que todos los extranjeros eran una mierda. Consiguió adictos rápidamente y al rato varios forcejeaban con el hebraísta, al que querían linchar, mientras sugerían arrojar bombas de alquitrán a las sinagogas.

Desistieron de esos propósitos, al ver llegar a los poetas sociales de una cooperativa de San Juan y Boedo. Yo trataba de leer, pero ya era imposible. Todos hablaban a la vez y se empujaban y se daban puñetazos. Noche confusa. En los pasillos del Hotel Melancólico, dicen que se besaban algunas poetas, se-



guidoras de Safo. Entretanto, el comisario Anselmi puteaba porque el hotel se había llenado de comunistas. Juró que los iba a sacar a bastonazos y gases lacrimógenos.

En el desván, vi a un compadrito de Villa Urquiza implorando los favores del bailarín de la tumbadora. "¿No le dije? ¡Estos poetas son todos maricones y viciosos!" —comentó el comisario. Noche confusa, sí. Se rumoreaba que habían llegado en micros escolares las profesoras de castellano y literatura y algunas recitadoras, en su mayoría vírgenes.

"¡Las vírgenes locas!" —gritó el muchacho de la tumbadora y propuso un juego de escondidas por todas las habitaciones del Hotel. Dos o tres señores mayores, aficionados a las polémicas del Teatro del Pueblo de los años '30, se indignaron por tanta inmoralidad. "¡Se portan como puercos burgueses!", dijeron.

También se mostraron desafectos al escándalo algunos poetas de la generación del '40 que, pocos días después, se suicidaron en el bosque de La Plata. En cambio, los impetuosos y coloquiales representantes de la generación del '60 se atrevieron a desafiar a Anselmi y se atrincheraron en la terraza, mientras los guardianes, armados con bastones y gases lacrimógenos, avanzaban por las escaleras del Hotel Melancólico.

No recuerdo qué ocurrió con los jóvenes del '70. "¡No recuerdo, no recuerdo, no recuerdo!...", dije, mientras rompía los poemas que no puede leer. Salí, junto a otras personas que pasaron inadvertidas. Abandoné el hotel acompañado por Paulina. En la vereda, vimos al muchacho ambiguo que bailaba con su tumadora, ante los ojos hipnotizados de los guardianes. Esa fue la última visión de la noche nefasta.

Desde entonces, he procurado mantenerme al margen de las manifestaciones, las reuniones públicas, los actos culturales, las conferencias, las discusiones en general. Soy, como se sabe, una persona pacífica, un poeta veterano. Por eso, cada vez que me invitan a una lectura de poemas, con cualquier pretexto, suelo declinar la invitación.

CTURA
E POEMAS

Pedro Orgambide nació en Buenos Aires en 1929. Exiliado en 1974, vivió en México hasta 1984. En la adolescencia publicó sus primeros poemas en el periódico "Orientación", en la sección literaria que dirigía Raúl González Tuñón. Desde entonces, no abandonó la gimnasia de las letras en los géneros más diversos. Fue periodista, guionista de cine y televisión, creativo de publicidad, novelista, escribió cuentos, ensayos y obras de teatro, entre las que se destaca "Eva", una pieza de Orgambide en colaboración con Nacha Guevara y Alberto Favero, estrenada en Buenos Aires en 1986. Entre sus novelas se destaca la trilogía "Novelas de la memoria: El arrabal del mundo, Hacer la América y Pura memoria" (1980-1983); su autobiografía "Todos teníamos veinte años" (1985); "Historias imaginarias de la Argentina" y "La mulata y el guerrero" (1986); "La convaleciente" (1987). "Lectura de poemas" es un cuento inédito.

cuando llegó el hebraísta. No reparó en mí. Continuó un diálogo iniciado diez años antes con el epistemólogo. En ese instante, espié los grandes pechos de Paulina; se veían imponentes, desmesurados, como en una escultura, viva y palpitante, de Mae West.

De todos modos, penosamente, intenté la lectura de un verso. En vano; el hebraísta me fulminó con la mirada. Aunque en aquel tiempo yo disfrutaba leyendo mis poemas, aunque cultivaba la pueril vanidad de oírme con deleite, esa noche, antes de comenzar, había perdido el deseo de leer. Abatido, me hundí en un sillón. De allí observé la llegada de los muchachos del café de Villa Urquiza. Exagerado, un tanto demagogo para mi gusto, el amigo Krausse los saludó como a los representantes de la cultura nacional y popular. Ladislao no se dignó a mirarlos.

Al rato, para compensar esas efusiones, nuestro anfitrión elogió a "dos poetas consagrados" —así dijo—, dos periodistas de un suplemento literario dominical. Entonces pidió que empezara la lectura y yo iba a complacerlo, cuando llegaron las poetisas de Junín. "Poetas", corrigió Paulina. Poetas, sí. "Del interior", precisó Santiago Cabrera, un recitador gauchesco que vivía en el Hotel Melancólico. Hizo un comentario acerca de los porteños, que apenas oí. De algo estaba seguro: no se trataba de un elogio.

Comprobé que me sudaban las manos. Igual que en el colegio en los días de examen, sentí vergüenza por mi malestar en los intestinos, por la imperiosa necesidad de ir al baño. "Permiso". Los demás me observaron con mudo reproche. "¡Rápido se fue a baraja el hombre!" se burló el chango Cabrera y todos se echaron a reír. El baño quedaba dos pisos más arriba. Mientras subía las escaleras, oí al chango que contaba uno de sus chistes.

Tuve la tentación de encerrarme en el baño y no regresar. Pero lo que más quería era huir de la casa.

Unos minutos después bajaba las escaleras con esa intención. Ya estaba cerca de la puerta de calle cuando el epistemólogo abrió la de su cuarto. "Y, ¿para cuándo?", dijo, insolente. Tuve deseos de responder con una vulgaridad, pero me contuve. Lo confieso: todavía creía en los efectos didácticos y hasta terapéuticos de una buena lectura de poemas.

"Siempre sirve, siempre es estimulante la opinión de los otros", me dije, aunque sin mucha convicción. Porque era muy fatigoso responder a ciertas preguntas o aguantar las ironías de los espectadores disconformes. De todos modos, yo estaba dispuesto a todo. Iba a empezar a leer, por fin, el primer poema, cuando alguien me exigió que le explicara el significado de su título. No pude. "¿En qué orden va a leer?", preguntó otro. Entonces murmuré, tímidamente, que la poesía, por lo general, creaba su propio e ilusorio orden. "¡Pero hay jerarquías!", puntualizó Ladislao Dunaievich. Los dos "consagrados" del suplemento literario dominical aprobaron, con aplausos y risitas, la intervención de Ladislao. "¿Ven, ven? ¡Ya empiezan con el escalafón!", se quejó uno de los muchachos de Villa Urquiza.

Comenzó una ardua discusión que yo aproveché para acercarme a Paulina, asediada por tres poetas de vanguardia, promotores de revistas efímeras y manifiestos. "¡Estos son unos locos!" —comentó Paulina y me mordió la boca. Entró un joven algo ambiguo, un bailarín con pantalones negros muy ajustados. Se dedicaba, dijo, "a ilustrar, desde la danza, a poetas de América latina". En sus manos llevaba una tumbadora. Aquel joven proclamaba, según recuerdo, "una poética de liberación frente a la poesía de la impotencia".

"¿Impotencia?", preguntó Paulina, muy alarmada. "Lo dice en sentido figurado", aclaró el farmacéutico. Mi mano se deslizó, furtiva, por el muslo de la mujer. Ella la apretó con fuerza. Yo iba a comenzar a leer, cuando Paulina recordó sus propios poemas eróticos. Me preguntó si yo tenía algún inconveniente en que ella leyera. Desde luego, le dije que no. Leía con entusiasmo, con impulsivos énfasis, muy exaltada al recitar sus fogosos versos sobre Leda y el cisne. Al terminar, podía oír su respiración entrecortada.

Traté, no obstante, de leer mis propios versos. Pero el hebraísta de La Paternal quiso ejemplificar sus reflexiones acerca de la poesía pura, con varias citas del abate Brémond y algunas referencias al Talmud. Ecléctico, continuó con poemas de Mallarmé. Los decía en francés, naturalmente. Esto ofuscó a Santiago Cabrera, ofendió su nacionalismo. Un amigo suyo, el comisario Anselmi, viejo cultor de la poesía criolla y las danzas nativas, opinó que todos los extranjeros eran una mierda. Consiguió adictos rápidamente y al rato varios forcejeaban con el hebraísta, al que querían linchar, mientras sugerían arrojar bombas de alquitrán a las sinagogas.

Desistieron de esos propósitos, al ver llegar a los poetas sociales de una cooperativa de San Juan y Boedo. Yo trataba de leer, pero ya era imposible. Todos hablaban a la vez y se empujaban y se daban puñetazos. Noche confusa. En los pasillos del Hotel Melancólico, dicen que se besaban algunas poetas, seguidoras de Safo. Entretanto, el comisario Anselmi puteaba porque el hotel se había llenado de comunistas. Juró que los iba a sacar a bastonazos y gases lacrimógenos.



En el desván, vi a un compadrito de Villa Urquiza implorando los favores del bailarín de la tumbadora. "¿No le dije? ¡Estos poetas son todos maricones y viciosos!" —comentó el comisario. Noche confusa, sí. Se rumoreaba que habían llegado en micros escolares las profesoras de castellano y literatura y algunas recitadoras, en su mayoría vírgenes.

"¡Las vírgenes locas!" —gritó el muchacho de la tumbadora y propuso un juego de escondidas por todas las habitaciones del Hotel. Dos o tres señores mayores, aficionados a las polémicas del Teatro del Pueblo de los años '30, se indignaron por tanta inmoralidad. "¡Se portan como puercos burgueses!", dijeron.

También se mostraron desafectos al escándalo algunos poetas de la generación del '40 que, pocos días después, se suicidaron en el bosque de La Plata. En cambio, los impetuosos y coloquiales representantes de la generación del '60 se atrevieron a desafiar a Anselmi y se atrincheraron en la terraza, mientras los guardianes, armados con bastones y gases lacrimógenos, avanzaban por las escaleras del Hotel Melancólico.

No recuerdo qué ocurrió con los jóvenes del '70. "¡No recuerdo, no recuerdo, no recuerdo!...", dije, mientras rompía los poemas que no puede leer. Salí, junto a otras personas que pasaron inadvertidas. Abandoné el hotel acompañado por Paulina. En la vereda, vimos al muchacho ambiguo que bailaba con su tumadora, ante los ojos hipnotizados de los guardianes. Esa fue la última visión de la noche nefasta.

Desde entonces, he procurado mantenerme al margen de las manifestaciones, las reuniones públicas, los actos culturales, las conferencias, las discusiones en general. Soy, como se sabe, una persona pacífica, un poeta veterano. Por eso, cada vez que me invitan a una lectura de poemas, con cualquier pretexto, suelo declinar la invitación.

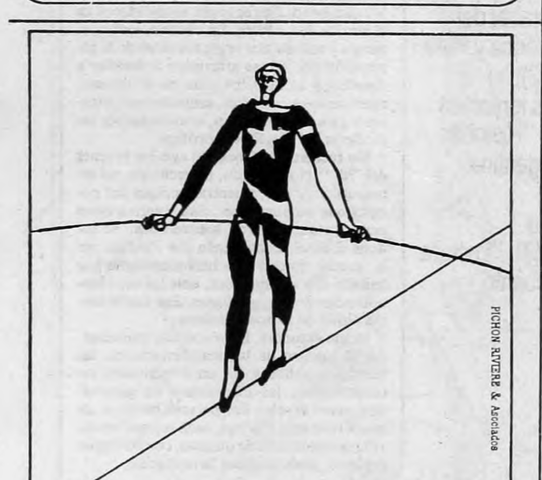


Página/12
en MAR DEL PLATA
Marcelo Franganillo
Rivadavia 2680 - Local 27
(7600) Mar del Plata
Tel. (023) 46854



En excepcional ubicación
frente al mar
ESTACIONAMIENTO
Av. MARTINEZ DE HOZ 4167
TELEFONOS 84-0322 - 84-1049
PUNTA MOGOTES
(7600) - MAR DEL PLATA

RESTAURANT
comidas para llevar
tía pepina
H. YRIGOYEN 2699, esq. RAWSON
Tel. 2-5309 MAR DEL PLATA



Equlibrio: (del lat. aequilibrium). Estado de un elemento cuando las fuerzas que actúan en él se compensan recíprocamente.//Ecuanimidad, prudencia en los actos y juicios.
Equilibrio en vacaciones: (del lat. descansum tranqui). Combinación armoniosa del máximo confort y las mejores posibilidades de acceder a él.

Torres de MANANTIALES cuida el equilibrio de sus vacaciones brindándole:
departamentos amplios con vista al mar; servicio de mucamas; TV color; programas diarios de videofilms; salones para fiestas; sala de recreación; pileta; sauna; gimnasio; tenis; paddle; cocheras cubiertas; fiestas gastronómicas; espectáculos; tours y shopping; biblioteca y actividades culturales. Para los chicos: paseos; talleres de periodismo, teatro y música; play room; clases de tenis y gimnasia...
...por el mismo precio.
Consulte a su agente de viajes o llámenos.

El "equilibrio" exacto para sus vacaciones.



Torres de
MANANTIALES
Apart Hotel - Mar del Plata
IRAZOQUI S.R.L.
San Martín 492 (subsuelo)
Tel.: 219609/43512
Télex: 41379 IRAZO AR
(2000) Rosario

MAR DEL PLATA



(Por A.S., desde Mar del Plata)
"Si salen calientes después del espectáculo, por favor, úsenlos", advierte en la presentación de *La debacle show* Miguel Fernández Alonso, el muchacho que alguna vez fue actor invitado de Las Gambas al Ajillo y que con el correr de las actuaciones pasó a ser un ingrediente necesario en la preparación del plato. El consejo hace referencia al preservativo que en la temporada marplatense acompaña el programa que se le entrega al espectador con la leyenda *Las Gambas adhieren a la campaña contra el SIDA,* y que desde el comienzo marca el tono de lo que vendrá.

Atrevidas y provocadoras, Alejandra Flechner, María José Gabin, Verónica Llinás y Laura Market echan mano del baile, el canto y la actuación para reírse sin piedad de las miserias de la condición humana. Nacidas en 1986 del Centro Parakultural de Buenos Aires, Las Gambas pasaron al teatro Empire en el barrio de Congreso y de allí llegaron a estas playas con un show que básicamente tiene el mismo contenido que el porteño, al que le sumaron una canción y una coreografía final de Oscar Araiz para la presentación en estas playas.

La militancia feminista esquemática hasta el desprecio por la mitad de la humanidad que no se ha visto favorecida con un par de ovarios, o la chochera de la vejez arrumbada en un geriátrico, son el blanco contra el que disparan un humor que por momentos apela a la ironía y que en otros utiliza recursos tan directos y remanidos como una pelea que termina tirándose una torta en la cara. Un hallazgo resulta el sketch en que bajo el título de *El beso* se parodia a una cantante almibarada como un bolero que, sin abandonar la compostura, le describe a su amante con lujo de detalles su grado de placer en una recorrida de besos y caricias en la que vale todo juego erótico, pero que a la hora de la verdad, como una histérica de manual, le señala que ella no es una de ésas.

"No podemos decir que sea un plato de sencilla digestión", califican Las Gambas a *La debacle show* y opinan que es "lo suficientemente afrodisíaco como para medir su consumo en ámbitos estrictamente familiares". Y es cierto, no son precisamente miembros de la familia Ingalls con camisa leñadora construyendo casitas. Tienen el sexo como principal motor de la risa en una propuesta que alcanza picos desopilantes, pero que a veces cae en los vicios de la reiteración, como por ejemplo en la insistencia con que aluden a la masturbación que además de un sketch pensado ad hoc aparece como condimento de casi todo el show. En la variedad deberían haber encontrado el gusto.

La debacle show se presenta en el teatro Colón de martes a domingo a las 22.30.

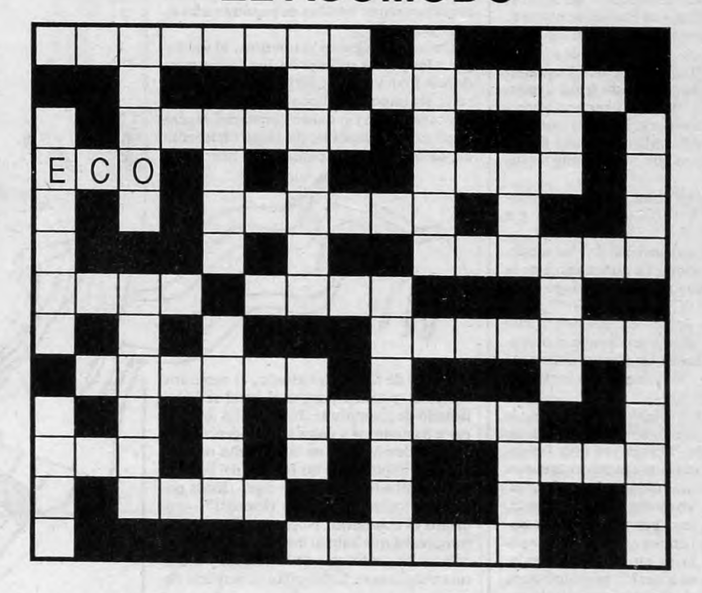


Las Gambas al Ajillo.

VILLA GESELL

La historia los juzgará. Mientras algunos intelectuales se rasgan las vestiduras profetizando el fin de la historia, los humoristas viven tranquilos porque nadie se ha atrevido a anunciar el ocaso de la historieta. Aprovechando que el género goza de buena salud en estos tiempos apocalípticos, la Dirección de Cultura y Turismo de la Municipalidad de Villa Gesell ha organizado junto con la revista *Puertitas* una exposición de historietas y humor gráfico en la que se muestran alrededor de doscientas obras de guionistas y dibujantes que publican en Europa y en nuestras tierras. Entre ellos figuran Fontanarrosa, Rudy y Daniel Paz, Miguel Rep, Altuna, Campdepadrós, Mc Luty, Fresán, Guarnerio, Trillo, Tabaré, Sendra, Saborido, Da Col, Enio, Domínguez, García Seijas y Marcucci. La cita, para quienes decidan que es preferible reír que llorar, es en la Casa de Cultura de Villa Gesell, Avenida 3 número 874, durante la primera quincena de este mes y todo el mes de febrero.

EL ACOMODO



Apoyándose en el **ECO**, complete el esquema con las palabras del listado de manera que se crucen coherentemente.
TRES LETRAS: CAM - ECO - LAR - TOC.
CUATRO LETRAS: ALDO - ATAR - ATEO - AUTO - BOTE - CARA - LEVE - MOTA - OTRO - TACO - URNA.
CINCO LETRAS: AMBAR - FAROL.
SEIS LETRAS: ACERIA - ANIMAL - DOTADO - MESETA - PASIVO - REBOTE - REMATE - RETAMA - SECTOR - TOCINO - TONICO.
SIETE LETRAS: ANTENAS - NAVIDAD - NOTICIA.
OCHO LETRAS: INFIERNO.



LA REVISTA DE LOS ACOMODOS
Aparece miércoles por medio.

SOLUCION

